

La erupción de Pompeya

Yolanda Martínez Adrover



Capítulo 1

La erupción de Pompeya

Año 79 d.C., hacía dos meses que Tito había sido nombrado emperador. Claudio y Livia se habían unido en matrimonio hacía unos cuatro años. La pareja había podido adquirir una villa en Pompeya gracias a que la familia de Claudio era adinerada. Los padres de Claudio les habían dejado una cuantiosa cantidad de dinero como regalo de boda. La villa tenía vid, caballos, cuatro esclavas y paredes llenas de frescos dedicados al dios de la guerra: Marte, pues el vendedor había trabajado para el ejército romano como legionario. Éste se había casado con una mujer con la que no había podido tener descendencia, así que para cuando se jubiló y se hizo algo mayor, decidió vender la casa e irse a una domus, más pequeña, con menos cosas que atender. Entonces apareció el padre de Claudio, antiguo compañero de Lucio, así se llamaba el viejo vendedor, y amigo, dado que los dos habían trabajado codo con codo en el ejército. La villa ya la conocía de haber visitado a su ex compañero en alguna ocasión, pero lo que no sabía es que la ponía en venta. Cuando se enteró, habló con su hijo Claudio y juntos fueron a ver la propiedad y tratar de negociar un precio por la vivienda. La reunión había sido exitosa y Claudio ya podía dar la noticia a su mujer Livia de que se mudarían para la villa lo antes posible. Tenían mucho trabajo por delante a partir de ahora, pero su mujer contaría con la ayuda de las cuatro esclavas que venían con la casa: Adriana, Agripina, Decia y Fabia.

Sin embargo, han pasado ya cuatro años y el matrimonio no había logrado tener descendencia. Livia había sufrido tres abortos, de los cuales el último fue el más doloroso, pues el bebé había llegado a cumplir cinco meses en la barriga de su madre. Livia había decidido no trabajar en absoluto en la casa para poder quedarse encinta, se dedicaría a descansar y a una vida contemplativa. Claudio trabajaba para el ejército, como su padre lo hizo, y siempre que paraba en casa intentaban tener un descendiente. Pronto tendría que marcharse para la Britania.

El 24 de agosto era el cumpleaños de Livia, hacía 25 años, y las esclavas habían salido al mercado porque sabían que su ama estaba de aniversario y querían complacerla con un buen banquete en el triclinium perfectamente decorado para la ocasión. A Livia le gustaban las ciruelas, los mariscos y el vino tinto de su propia vid. No acostumbraba a tomar alcohol en los últimos tiempos debido a su ansiada gestación, pero hoy haría una excepción. Ese día Livia lo pasaría en las termas femeninas y su marido iría al anfiteatro para ver un combate de gladiadores que prometía

ser emocionante.

Claudio se había levantado más temprano que ella y había ido a la taberna de Cayo para enterarse del motivo de los últimos terremotos acaecidos en Pompeya. Los días anteriores la tierra había temblado hasta tal punto que había roto la vajilla y había movido muebles de sitio. Eran las doce de la mañana y Claudio llegaba a casa lleno de novedades que contar a su esposa. Al parecer en la taberna muchos habían dado su opinión acerca de los terremotos en la ciudad. Uno de ellos, Flavio, sugería que el monte Vesubio podía estar detrás de aquellos temblores. Indicaba que sus animales estaban bastante alborotados, como si supieran que algo malo podía suceder. Su pájaro incluso se había escapado de la jaula por la noche. Se enteró esta misma mañana, al ir a darle de comer. Su compañero cantarín ya no estaba y eso le hacía presagiar algo malo.

Livia se asustó un poco con las palabras que Claudio le transmitía de Flavio, porque era cierto que sus caballos se habían pasado la noche relinchando y dando coces en el suelo. Pero, ¿qué era eso tan malo que podía acontecer? ¿El monte Vesubio podría entrar en erupción? No habían tenido noticia de que el volcán hubiera expulsado lava en otras ocasiones, al menos ellos no lo habían vivido para contarlo.

Las esclavas estaban tardando demasiado en volver del mercado, así que Claudio y Livia se pusieron un poco tontorrones en ese día especial para su mujer y decidieron irse al peristylum. Pero de repente, el suelo empezó a temblar de nuevo, esta vez más fuerte que las anteriores y comenzaron a caer vasijas de barro y trozos del techo de su vivienda. Un ruido lejano que sonó como a una explosión los aterrorizó. Pensaron que era el propio Júpiter mandándoles un castigo de los cielos. Salieron al atrium y vieron al cielo, llovían piedras de las que enseguida tuvieron que ponerse a resguardo. Unos gritos provenientes de las calles se empezaban a escuchar. Así que decidieron salir a la puerta de su villa y ver qué sucedía fuera. Todo el mundo huía en una misma dirección, y todo el mundo señalaba hacia detrás, hacia el monte Vesubio. De él, salía una columna gris de humo, una nube enorme de muchos kilómetros de alto, y alrededor, nubes piroclásticas que se iban expandiendo. Claudio y Livia se miraron llenos de temor. Flavio tenía razón, el Vesubio había erupcionado.

Claudio se llevó de la mano a su mujer y la dirigió a la pars rústica de la villa. En concreto a los establos. No tenían mucho tiempo. Livia enseguida comprendió. Ayudó a su marido a poner las monturas a los caballos y cuando éstos estuvieron ensillados para ser montados, tuvo una iluminación y se fue corriendo a la pars urbana. En concreto a su cubiculum. Claudio no comprendía, llamó por ella varias veces pero ésta no retrocedió. Livia ya había llegado a su dormitorio y buscó entre los cajones una bolsa de judas donde almacenaba unos cuantos sestercios por si tenían algún apuro económico. Era todo lo que tenían, todos sus

ahorros disponibles. Claudio llegó al cubiculum cuando Livia ya había encontrado la pequeña bolsa. Ésta se la mostró a Claudio y él la apremió.

–Vamos Livia, no tenemos mucho tiempo.

–Lo sé Claudio, pero a donde sea que vayamos vamos a necesitarlo.

–Tienes razón, pero no nos paremos más, debemos huir de aquí lo antes posible.

Las paredes crujieron, el volcán había vuelto a rugir. Llegaron junto a los caballos, se montaron en ellos y partieron veloces por donde encontraban espacio hasta llegar a la calle. Las nubes piroclásticas estaban cerca así que decidieron ir hasta el puerto de Pompeya. Una vez allí cogerían un barco propiedad del padre de Claudio y se marcharían lejos donde la lava no pudiera alcanzarles.

Llegaron en media hora al embarcadero.

–¿Y qué hacemos con los caballos? –preguntó Livia.

–Tendremos que dejarlos, no podemos llevarlos con nosotros. –Livia brotó a sollozar y Claudio la consoló.

Entonces los llantos de un niño que se encontraba sólo los sorprendieron. El niño miraba pasar a todo el mundo aterrorizado pero nadie le hacía caso. La gente iba y venía de un lado a otro pero el chiquillo se encontraba en el medio sin la menor atención. Livia miró a Claudio y después echó a correr junto al niño. Éste no tendría más de tres años. Claudio entonces llamó por Livia y fue al recate de ambos. Los abrazó y se los llevó a la embarcación. Livia procuraba tapar al pequeño y calmarlo, mientras Claudio ponía en marcha los remos en los toletes y desanudaba el barco del cabo. Remó a toda velocidad entre lágrimas y con los llantos y gritos del resto de la gente de fondo. Había reinado el caos. El inframundo parecía hablar a través del volcán y les estaría castigando a todo el pueblo por sus vicios y excesos quizás. Así al menos lo asumieron ellos, como algo venido de los dioses.

Durante la travesía, Livia hablaba con el pequeño, al que ya había rebautizado con el nombre de Máximo. El crío había hablado poco, le había contado entre sollozos y tartamudeos que su madre, había ido un momento a comprar pescado a un marinero y que ya no había vuelto. Livia lo besó, lo abrazó y lo acogió como si fuese su hijo ya, el hijo que no había podido tener con Claudio.

–No sé si habremos hecho bien en traerlo con nosotros. –dijo Claudio.

–Claro que hemos hecho bien, lo hemos salvado de una muerte segura. Con nosotros podrá tener una vida. –aseveró Livia.

Claudio paró de remar, ya se habían alejado de la costa lo suficiente para ver la lava brotando lentamente. El aire que respiraban estaba cargado de azufre lo cual les impedía una correcta oxigenación. A Claudio el humo lo cansaba todavía más.

–Por todos los dioses querida, nos hemos salvado de una muerte horrible.

Claudio, Livia y el pequeño Máximo miraban a la costa mientras las lágrimas brotaban por sus mejillas, y en sus ojos se reflejaba el color naranja intenso de la lava. A su espalda, montones de galeras enviadas por Tito para salvar al máximo de población. Una de ellas les avisó con un sonido a través de una caracola marina. Ellos se voltearon y aquella enorme galera al lado de su pequeña embarcación les cubrió con su sombra. Por fin habían sido rescatados.